

[Edición digital basada en la de *La Ilustración Española y Americana (Museo Universal. Periódico de Ciencias, Arte, Literatura, Industria y conocimientos útiles)*, [año 15, n.º 27, 25 de septiembre de 1871](#), págs. 459 y 461 y [n.º 28, 5 de octubre de 1871](#), págs. 475-476, con la paginación original].

© Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007

Los tetrásticos o epigramas de cuatro versos del eruditísimo varón
San Gregorio Nacianceno, llamado por excelencia el teólogo, traducidos del griego en octava rima castellana por Don Pedro Mudarra de Avellaneda, poeta desconocido del siglo XVI

Manuel Cañete (1822-1891)

[-459→]

ARTÍCULO PRIMERO.

Aquella bienaventurada centuria que todos han convenido en apellidar *siglo de oro* de las letras españolas, fue tan fecunda en ingenios esclarecidos, que tropezaré siempre con grandes dificultades quien se proponga trazar fundadamente un cuadro completo de nuestra historia literaria en ese interesante período.

Animaba entonces a los hijos de esta generosa patria el aire de grandeza que respiraban habitualmente, acostumbrados a vencer y dominar en toda la redondez de la tierra. El continuo estrépito de las armas; el brillo seductor de remotas expediciones y empresas increíbles en ignorados climas de maravillosa hermosura; la viva fe religiosa; el entusiasmo sediento de acrecentar las glorias del nombre español; la majestad de la monarquía; la dignidad del súbdito en la obediencia; la sumisión y lealtad al rey, de que nadie se juzgaba exento, y que era como una especie de culto para los corazones más esforzados, para los talentos más insignes; todo parecía llamado a servir de incentivo a la imaginación, estimulándola a tender el vuelo por dilatados horizontes.

En tales circunstancias, natural era que la acalorada fantasía y fecunda vena poética de los nacidos bajo el claro cielo de España no diese paz a la inspiración, y tratase de enriquecer el idioma con gallardos giros o pintorescos vocablos, embelleciendo sus composiciones con rasgos de peregrina elocuencia. De aquí la multitud de excelentes prosistas y aventajados poetas que ilustraron aquel portentoso siglo, arrullado en sus floridos abrilés por la dulce lira de Garcilaso; ennoblecido en su madurez por el numen de León y de Fernando de Herrera; satisfecho de sí mismo al llegar al término de su vida, por verse morir a la sombra de los inmarcesibles laureles de un Lope de Vega, de un Quevedo, de un Cervantes.

Pero a estos colosos de la inspiración, que descuellan entre sus contemporáneos como los picos de Mulhacén y de Veleta sobresalen en la fragosa cordillera de Sierra Nevada, no han de agregarse únicamente los ingenios cuyas obras andan en manos de todo el mundo y prestan caudal y alimento a las historias de nuestra literatura, o a las colecciones selectas de poesías castellanas. Otros hay, dignos también de consideración y de aplauso, que yacen aún desconocidos o desatendidos de la erudición y de la crítica, porque han tenido la desgracia de hundirse y desaparecer en el oleaje de los tiempos.

Al número de estos malaventurados pertenece DON PEDRO MUDARRA DE AVELLANEDA, elegante traductor de los *Tetrásticos* o *Epigramas* de San Gregorio Nacianceno.

No me detendré aquí a bosquejar la biografía del que tan sabiamente y con tan delicado gusto supo interpretar o parafrasear en bien compuestas octavas los nutridos conceptos del admirable orador y poeta cristiano del cuarto siglo. Trabajo es este que preparo con mayor detenimiento, y que saldrá a luz en su día encabezando la más notable producción del autor, *El Paulo convertido*, poema heroico en seis *libros* o *cantos*, escrito también en octava rima, pronto a darse a la estampa bajo los auspicios de la ilustrada *Sociedad de bibliófilos españoles* a quien lo he facilitado. Allí aparecerán reunidas cuantas noticias se hayan podido adquirir acerca de la vida y obras de Mudarra; las cuales forman dos volúmenes manuscritos (uno en folio menor y otro en 4.º), existentes en la selecta biblioteca de mi querido amigo el Duque de Frías, que ha tenido la bondad de franqueármelos autorizándome para publicar las que estime conveniente. Añadiré, no obstante, que don Pedro Mudarra de Avellaneda, cuyo nombre se echa de menos en los libros que dan razón de las poesías y poetas españoles de otras edades, floreció durante la segunda mitad del siglo XVI; fue varón eminente en el cultivo de las lenguas griega y latina; ahondó mucho en el conocimiento de la Escritura, de los Expositores y Santos Padres, y aún vivía, lleno de virtudes y cargado de años, por Enero de 1647.

Las obras de Mudarra muestran su natural predilección por asuntos morales y religiosos, bien que el estilo de todas ellas deje adivinar esmerado estudio de los primores que brillan en autores profanos acariciados de justa fama. Si no publicasen esta inclinación de nuestro poeta, así el poema que pinta con tan vigoroso colorido la conversión de San Pablo, como la elocuente admonición en prosa (retrato hermoso de su alma) dirigida a los hermanos de la Orden Tercera de San Francisco, lo evidenciaría la traducción de los *Tetrásticos*, y aún más, si cabe, las extensas *Anotaciones* con que la vasta erudición y pura doctrina de nuestro compatriota declara o comenta, ya el sentido íntimo, ya la forma expresiva de no pocos pasajes del vate griego.

La lectura del *Prólogo* en que Mudarra explica las razones que le llevaron a emprender tan difícil traducción, manifestará sin rodeo sus dotes de escritor y hablista, y el carácter y buena fuente de sus principios literarios. Dice así:

«A la majestad y ornamento en que hoy florece la lengua castellana, hacia falta (sí no me engaña el juicio) el no haber, a lo que yo sé, hasta ahora hablado en ella San Gregorio Nacianceno, varón de incomparable elocuencia, doctrina y santidad. Porque en estas partes es tanta su fecundidad y riqueza, que redundaba con grande copia y admirables provechos en cuantas lenguas se traducen sus obras. Por esto yo, que desde mi mocedad he codiciado apasionadamente ver rica mi lengua castellana de las mejores joyas de que se guarnecen las peregrinas, propuse, en cuanto fuese permitido a la limitación y rudeza de mi ingenio, servilla y acrecentalla pasando de la griega a ella algunos de los escritos que hoy se conservan de este santo. Y aunque la temeridad de estos intentos no es menor que la ignorancia y rustiquez de su dueño, no desconfío enteramente de su buena dicha, así por el largo y trabajado estudio que yo he puesto en la lición de este divino escritor (procurando habilitarme en la noticia, no sólo de lo que es sustancia en él, mas también de las flores, alusiones, frases y agudezas de que siempre viste su decir), como por el gusto singular con que abrazo esta ocupación (si es cierto que a la pertinacia de un virtuoso deseo no hay dificultad en pie), sobre todo, porque *favet sapientia suis amatoribus* ⁽¹⁾ trayendo a honesto fin sus empresas. A traducir los *Tetrásticos* antes que otro libro me movió la dulzura del verso, la nobleza de la doctrina y la brevedad de el argumento, porque el tiempo que he

¹ Favorece la sabiduría a sus amantes.

gastado en este estudio no fuese mucho, si fuese perdido por mi mal acierto. Y a la verdad, si se mira bien, este traslado es como una resunta, o como la nata, que dicen, o la flor de los otros tratados de Nacianceno; y quien este ofrece al mundo, ofrece en él un epitome y una cifra de todo su espíritu, erudición y elegancia.

«Juzgué asimismo por conveniente traducir cada *Tetrástico* en una octava rima; porque si bien ésta consta de cuatro versos más que aquél, no huelgan ni están ociosos, así porque con el ámbito y período de la compostura se hace más hermosa la oración y más sonora la consonancia de las rimas, como porque la diferencia de los idiomas muchas veces necesita a servirnos de perifrasis y rodeos para explicar el sentido de una sola dicción. Y esto acontece más ordinariamente en los que traducen de San Gregorio Nacianceno; porque ama tanto la brevedad, el escogimiento, fuerza y sutileza de las voces significantes sumamente, que viene a ser casi imposible, sin la ayuda de nuevas voces y de nuevos versos, seguirle en el intento, cuánto más conseguirle. A lo que añadido otra dificultad que no se le escapó al eruditísimo Erasmo: y es tener particular deleite y frecuencia en filosofar cerca de las cosas divinas, que difícilmente se explican con palabras humanas. Por todo esto vine a entender serme, no sólo lícito, pero necesario también, añadir en ocasiones palabras, y aun cláusulas enteras, buscando el sentido encerrado en la voz griega, y amplificándole alguna vez, más como parafrastes que como intérprete. Si en esto he degenerado de la verdadera línea, si usurpé oficio ajeno, culpen a Marco Tulio, culpen a Horacio, culpen a San Jerónimo, de quienes me dejé llevar a este engaño, si hay temeridad que ose poner culpa en aquellos a quienes no imitar es culpa. Porque el primero afirma que es de intérpretes bárbaros traducir palabra por palabra; el segundo quiere que el fiel intérprete no haga sus versiones atado a las palabras; el tercero, tomándolo del primero y segundo, enseña que el oficio del buen traductor no es hacer que respondan las palabras a las palabras como con número y peso, mas el sentido al sentido; regla que él guardó muy loablemente, como afirma escribiendo a San Agustín.»

Conocido el propósito de Mudarra expuesto con tanta ingenuidad y lisura en el *Prólogo* que antecede, sabido ya cómo entiende que ha de practicarse el *oficio del buen traductor*, veamos de qué modo logra realizar su intento.

Pero antes no estará demás hacer algunas breves indicaciones acerca del autor de los *Tetrásticos*.

Entre los grandes atletas de la verdad cristiana que iluminaron el siglo IV de nuestra era con la antorcha de su sabiduría, y lo ennoblecieron y perfumaron con el ardor de su fe y con el suave aroma de sus virtudes, ninguno puede lisonjearse de rayar más alto que Gregorio Nacianceno, flagelador incansable del arrianismo, duro azote de la causticidad y soberbia de Juliano *el apóstata*. Desde su contemporáneo y discípulo San Jerónimo (que se gloria de haber aprendido de Nacianceno «la noticia de la Santa Escritura,» explicándosela él mismo), hasta el insigne profesor Villemain, honra de la crítica francesa, o el afamado historiador Cantú, gloria de las letras italianas, cuantos han hablado en el largo espacio de quince siglos del pontífice de Constantinopla, ya discutiendo sobre los varios accidentes de su vida, ya justipreciando el valor de sus *Cartas*, *Sermones* y *Poesías*, han visto en aquella un claro espejo de varones rectos y puros, y en sus diversos escritos un abundoso manantial de sentencias morales y filosóficas, un vergel de castas llores poéticas, nacidas al fuego del divino amor y salpicadas del rocío de la hermosura y de la gracia.

Acomodándose al dictamen de su íntimo amigo San Basilio el Magno, según el cual «aquellos que gustan de la vida activa son útiles para los demás e inútiles para sí propios, cargan con mil pesares y ven turbada la dulzura de su reposo por incesante agitación, mientras los que se alejan completamente de la sociedad viven más tranqui-

los, más libres de cuidados, y pueden dirigir su espíritu a la contemplación con mayor desahogo, pero no son útiles a nadie sino a sí mismos,» Gregorio Nacianceno eligió una vida que [-459→461-] pudiera llamarse intermedia, dándose a meditar con los unos y a ser útil como los otros.

Nacido hacia el año 328 de la era cristiana en una pequeña población del territorio de Nacianzo en la Capadocia; hijo de San Gregorio, obispo de Diocesarea, y de Santa Nonna, ilustres ambos por su piedad, tomó el apellido o cognomento que le distingue, no de su linaje, sino de su patria: agnominación que usaron frecuentemente los griegos.

Después de estudiar retórica en Cesarea y Alejandría, pasó Gregorio a completar su educación y perfeccionarla en Atenas, donde nació la amistad que le unió por siempre a San Basilio, a la sazón mero estudiante como él. Desde entonces corrió su vida por el mismo sendero de perfección cristiana que la de su amigo, compartiéndola entre el vivo afán de persuadir a todos con la eficacia del ejemplo en la austera soledad cenobítica, y el de luchar sin tregua contra paganos y herejes en las ciudades más populosas, con el fervor del apóstol, con la autoridad del obispo, con el poder de la ciencia y de la elocuencia, con el arma incontrastable de la caridad y el amor.

En estas alternativas llegó al término de su edad (¹). bendecido de los muchos a quienes libró del imperio de las tinieblas con el fuego de su palabra, adorado y reverenciado hasta de sus propios enemigos.

Los elogios que antiguos y modernos han hecho de esta lumbrera de la Iglesia, en quien nuestro contemporáneo el ilustre Villemain ve realizarse y personificarse «una hermosa transformación del arte griego bajo la influencia del cristianismo», apenas pueden reducirse a número. Citaré uno sólo, el de Simeón Metafrastes, secretario de los emperadores León el Filósofo y Constantino Porfirogenetas, porque nos da un curioso retrato del Nacianceno. El autor de las *Vidas de los Santos* (donde a vueltas de muchas fábulas hay no pocos monumentos auténticos utilísimos para la verdadera historia) se expresa de esta manera: «aventajándose Gregorio en el resplandor de su vida a cuantos florecían en fama de obras ilustres, subió tan alto en la contemplación, que todos le concedieron el primer lugar en la sabiduría y doctrina, así en la que se descubre en la hermosura del decir, como en la que tiene y enseña la fe, de donde también le vino el renombre de *teólogo*. Cuanto a la forma de su cuerpo, fue de mediana estatura; algo quebrado de color, pero no sin cierta gracia; de nariz aguileña; de cejas largas; de aspecto blando y afable; el ojo derecho más triste que el otro y encogido con cierta cicatriz; de barba más espesa que larga; era algo calvo, y por donde no lo era tenía el cabello blanco; la parte más alta de la barba parecía en el color cubierta de humo.»

Tal fue el insigne rival de los grandes oradores del antiguo paganismo helénico; tal el fecundo y lozano poeta que escribió muchas de sus ardientes composiciones entrado ya en la senectud. Ejemplo hermoso de la insenescencia del alma, y del calor inextinguible que abrigan los corazones siempre abiertos al entusiasmo engendrado por la esperanza y por la fe.

¹ Difieren los autores tocante a la duración de su vida. El erudito abate Feller dice que San Gregorio falleció a los 92 años, el 389. Mudarra (*Anotaciones a los tetrásticos*) asegura que murió de más de 90 años en el 384. Cantú parece estar de acuerdo con esto último en el cuerpo de su *Historia Universal*, donde afirma que al dejar aquél de existir era ya nonagenario; pero se contradice dando a entender en las notas marginales dando a entender que nació el año 328 y pasó a mejor vida el 389, lo cual reduce a sólo 61 años el tiempo de su existencia.

Villemain opina que en las numerosas poesías de San Gregorio Nacianceno se pueden notar tres formas principales, diversamente líricas: la meditación ascética del filósofo; el himno ortodoxo y popular del obispo; la plegaria del simple cristiano, puesta siempre la mira en Dios. Aceptando esta clasificación, no menos ingeniosa que exacta, hay que comprender los *Tetrásticos* en el primero de los mencionados grupos, esto es, entre las poesías morales y filosóficas, a cuyo número pertenecen.

[-475→]

ARTÍCULO SEGUNDO.

¿Cuál es la índole verdadera de los *Tetrásticos*? Ya liemos visto, según escribe Mudarra en su *Prólogo*, que son una *resunta*, o como si dijéramos, *la nata y la flor* de los demás tratados de Nacianceno. Pero tal elogio, bueno para encarecer el mérito de los *Epigramas*, no deja entrever el especial carácter que los distingue, ni el sentido que los avalora, ni menos aún la trabazón y enlace de pensamientos que pueda haber entre todos. Algo más se adivina su objeto por la octava de cosecha propia con que los enca-beza el intérprete. Hela aquí:

«No los ciegos enigmas que el de Samos
Escribió de su gente en la memoria,
Ni el seco fruto de los siete ramos
De Grecia plantas, de su escuela gloria;
Mas divinos oráculos te damos,
Conceptos dignos de inmortal historia,
Del que supo templar la Teología
Al dulce acorde son de la poesía.

Efectivamente, oráculos, y oráculos divinos son los *Tetrásticos*, y hoy conviniera más que nunca grabarlos con buril de fuego en la memoria y en el corazón.

Aunque cada uno de por sí encierra una lección completa y se puede apreciar aislado, sin que necesite para brillar con luz propia el concurso de los demás, la reunión de todos forma un verdadero tratado de bien vivir, provechoso para el alma con relación a la vida futura, provechosísimo para el hombre que en este mundo ha de estar necesariamente en comercio con otros hombres, y aun para la sociedad entera. Porque si el bienestar social nace del respeto con que observa cada individuo sus deberes respecto del prójimo, no dando a nadie mal ejemplo, antes bien usando con moderación de todas las cosas y viendo en cada cual un hermano (a diferencia de la decantada *fraternidad* revolucionaria de nuestros días, que mata, incendia y destruye), ¿qué puede haber de mayor utilidad que los saludables advertimientos dirigidos a enseñar el modo mejor de cumplir con tan sagrados deberes? ¿Qué punto de mira más ventajoso en cualquiera época, y sobre todo en aquellos tiempos en que los errores del paganismo, del arrianismo y de otras sectas pugnaban desesperadamente por abatir la verdad?

Proponerse inculcar en grandes y pequeños, en ricos y pobres, en afortunados e infelices, ya que *la pureza de la vida ha de preceder a la ciencia*; que *no conviene resistir ni consentir a todo*; que *con las obras, no sólo con las palabras, se debe enseñar*, y que *los votos se han de cumplir fielmente*; ya que *se cierran las orejas a las cosas torpes*, dado que *la verdadera belleza consiste en la virtud*; o que *seamos altos en la vida y humildes en la propia estimación*; o que *es mejor la tribulación del bueno que la prosperidad del malo*: persuadirnos a que *seamos liberales en la limosna*, pues no

hallará a Dios liberal el avaro con los pobres: poner de bulto que mejor es la pobreza que la riqueza mal ganada: prevenir que los criados se traten como hermanos: doctrinar a todos, enseñándoles que la virtud es la verdadera nobleza; que se debe huir de los malos y de sus dones; que no se haga caso de los sueños; que no en ofender, sino en aprovechar, se muestra el poder, y otras muchas máximas por el estilo, es noble timbre del poeta moralista; y tanto más apreciable cuanto mayor sea el encanto y armonía con que los versos contribuyan a fijarlas en el alma.

Del tino de Mudarra para interpretar en metros castellanos los hermosos conceptos del Demóstenes católico, formará idea quien confronte con el original los siguientes ejemplos de su bellísima traducción. Cincuenta y nueve son las octavas en que aquél vierte á nuestro idioma otros tantos *tetrásticos* de San Gregorio. En la dificultad de copiarlas todas en este artículo, y siendo embarazoso escoger donde no hay que desechar, trasladaré a continuación las que me vayan saliendo al paso, insertándolas sin más epígrafe que el número de orden con que aparecen en el manuscrito:

OCTAVA IV.

«No quiero que m' enseñes, ó m' enseña
Con vivas obras; ni que aquesta mano
Me llegue a tí, si aquella me desdeña.
Más mueve vivir bien que hablar galano.
El pintor con la mano que diseña
Varios afectos en el rostro humano,
Mejor a su aprendiz el arte muestra
Que con los sones de la lengua diestra.»

La idea, expresada en un solo verso, de que la vida virtuosa es más eficaz que las palabras galanas para mover y persuadir el ánimo, y la sobriedad y exactitud del ejemplo del pintor, abonan la pericia de Mudarra como fiel intérprete, manifestando además su maestría en el uso de la lengua patria.

OCTAVA X.

«Larga y ardua carrera te propones,
Mas el premio es mayor si la pasares.
No por mirar lo mucho a que te pones,
Todo con vil temor lo desampares.
Aunque venzas al viento en tus acciones.
No en un punto podrás sulcar los mares:
Osa, y gallardo la carrera emprende;
Qu' el miedo es lazo en qu' el demonio prende.»

No es fácil decir más en menos palabras, ni con mayor propiedad y energía, ni en versos mejor contruidos.

OCTAVA XIV.

«Antes a ti que al prójimo examina,
Porque aquello resulta en tu provecho;
Mas esto en el de aquellos se encamina
Contra quien haces del censor estrecho.

A los tesoros de una y otra mina,
A las perlas qu' el mar te ofrece en pecho,
Las obras antepon de un alma pura;
Qu' el bien obrar, no el bien tener nos dura.»

Me parece ridículo (dice Sócrates por boca de Platón en el *Fedro*) querer examinar las cosas ajenas, siendo ignorante de tí mismo. De aquí hubo de tomar San Gregorio la idea de su tetrástico. Nuestro Mudarra lo parafrasea elegantemente, mostrando al par gran aptitud para expresar con suma concisión las sentencias, como lo prueba el último de los versos anteriores.

OCTAVA XV.

«Altos, puros, celestes pensamientos
En el ánimo afija, esculpe, imprime;
Dale matices, lumbres, ornamentos
Con palabras del bien sumo y sublime;
De la lengua los libres movimientos,
En ofender prestísimos, reprime;
Que cuanto esparce más veloces sonos
Tanto amengua el valor de las acciones.»

La doctrina es tan pura y de tan práctica utilidad en el trato del mundo, como es bella la dicción y atinada la economía poética del epigrama.

OCTAVA XVII.

«A palabras y músicas lascivas
Como con cera las orejas cierra;
Que con la suavidad de sus nocivas
Voces, nos hacen encubierta guerra.
Sólo las abre a las palabras vivas
Llenas de cielo, sin sabor de tierra;
Qu' están poco distantes, si advertimos,
Oír, decir, y obrar lo que decimos."

Comentando esta octava para mostrar su conformidad con la doctrina de San Basilio, de Clemente Alejandrino y de otros insignes moralistas, exclama nuestro Mudarra, escandalizado de lo que pasaba en su tiempo y refiriéndose a tan egregios varones: «¿Qué pudieran decir, ó qué no dijeran, sin exageración, pues ya es público y solene deleite a las orejas cristianas la música torpísima y la poesía más torpe?» ¿Y qué no dirían ahora, cubierto el rostro de vergüenza (podemos añadir nosotros), viendo el espacio que hemos recorrido por los senderos del mal gusto y de la degradación moral, en materia de música y poesía, desde que dejó de existir Mudarra? ¿Qué dirían si viesan el nocivo deleite con que la juventud de corazón virgen y no bien formado juicio se lanza, más que a recrearse, a pervertirse y envilecerse en las representaciones *bufas*? ¿Cómo juzgarían el grosero sensualismo que hoy avasalla el ánimo inexperto de la gente moza con los provocativos *cancanes* de Offenbach y sus imitadores, y con los chabacanos e inmundos chistes de los seudo-poetas auxiliares de tales músicos? ¿Cuándo más necesidad que al presente de abrir los oídos a *palabras vivas llenas de cielo, sin sabor de*

tierra, como dice nuestro poeta en un verso de insuperable hermosura por la expresión y concierto de la frase?

OCTAVA XXXIII.

«Más noble es la pobreza y más preciosa
Que la usurera espléndida opulencia;
Como mejor que la salud viciosa
La dura, larga, y pálida dolencia.
La hambre a pocos fue tan rigurosa
Qu' entre el filo cruel de su violencia
Diesen las vidas, mas la pena es cierta
De quien errando a Dios, al oro acierta.»

Este acertar al oro, no ya errando a Dios, sino negando que haya Dios y burlándose de los que creen en él, es el fin sublime a que aspira, y a que va llegando con la rapidez pasmosa con que se difunde siempre el mal cuando se cierran los ojos a la luz del bien, la presuntuosa ciencia moderna que se miente regeneradora de la sociedad. Hoy de igual suerte que en los días de San Gregorio (mucho más que en aquellos tiempos) hay fanáticos, malvados o estúpidos que pugnan contra la verdad con desaforado arrojo, sofocándola y agarrotándola. Ni parten ahora, como en otras épocas ennegrecidas por calamitosas luchas, de una moral equivocada. Hoy van más lejos: hoy abominan toda moral, menospreciando el saber y experiencia de los siglos, e intentan hacer tabla rasa de cuanto existe, pensando o fingiendo pensar que realzan al ser humano convirtiendo pueblos y naciones en una jaula de fieras, sin más ley que el apetito, ni otro elemento civilizador que la fuerza bruta, ni más Dios que su insaciable sed de riquezas y de goces materiales.

Ante el pavoroso espectáculo de las consecuencias que produce esta odiosa *filosofía social*, enemiga de toda religión positiva, y por consiguiente de todo freno moral y de toda verdadera ley de progreso, la estupefacta multitud que se ve tiranizada en nombre de una *libertad* mentida, de una *igualdad* imposible, de una *fraternidad* irrisoria, debería sacudir enérgicamente el sobrecogimiento que la arrastra a un abismo sin fondo, deponiendo viles temores y esforzándose por restablecer el imperio de la doctrina cristiana, única saludable fuente de paz y armonía entre los hombres. ¡Dichosos aquellos a quienes el filósofo moralista podía despertar del letargo de los vicios o sacar de la noche del error con la amenaza de penas espirituales, como lo dan a entender los versos de Nacianceno traducidos por nuestro Mudarra en la octava precedente! ¡Desdichadísimos los que se ríen de tales penas, imaginando que para el aliento que nos vivifica no hay nada más allá de la tumba! Estos vanidosos reptiles, ministros de la más espantosa barbarie, son el mayor azote que Dios pudiera haber enviado al mundo como castigo de la ceguedad y de la soberbia humana.

OCTAVA XXXIV.

«Qu' es siervo, o qué señor? Sin duda alguna
No es esta justa y digna diferencia:
Uno es el Criador, la ley es una,
Uno es el juez qu' en igualdad sentencia.
Luego a quien hizo siervos la fortuna
Cual siervo trata con benevolencia,

l'ues en la cárcel de la muerte presos
No tendrán mas los tuyos que sus huesos»

Hermosa doctrina, que sólo el cristianismo ha sabido practicar y arraigar convenientemente. En cuanto al acierto con que la formula en versos armoniosos el traductor español de los *Tetrásticos*, nada necesito decir. ¿Qué persona de ilustración y buen gusto no lo apreciará en lo que vale?

OCTAVA XXXVIII.

«No sin tiempo y con ánimo obstinado
Pretendas ser en todo preferido: [-475→476-]
Ten en más ser vencido como honrado,
Que haber como hombre pérfido vencido;
Que no siempre es vencido el que postrado
Está ocupando el suelo aborrecido,
Antes lo suele ser el que oprimía
A su contrario entre la arena fría.»

Vencer con perfidia es, en efecto, infame triunfo que deshonra al vencedor, atrayendo sobre su cabeza el desprecio de los buenos. Y no porque ahora tales vencimientos sean más frecuentes, ni porque la vil adulación de indignos parásitos maree con lisonjas serviles a los fautores de semejantes hazañas, se engrían o desvanezcan los favorecidos de la fortuna. La prosperidad del malo no es durable. Edificio que tiene por cimiento la iniquidad, siempre viene a tierra al soplo de la justicia. Podrá ésta hacerse esperar más o menos, según los altos designios de la Providencia: pero nunca falla. Véase, pues, cómo la moral verdadera es igualmente infalible en todos tiempos, y se aplica al juicio de las acciones humanas con la misma oportunidad en épocas muy distantes: circunstancia que avalora mucho los *Tetrásticos*, y el tacto y discreción de Mudarra al divertir sus ocios ocupándose en trasplantarlos al patrio idioma.

No hay que añadir citas a las anteriores para persuadirse de cuán alto lugar corresponde en nuestro parnaso al profundo helenista que tan hábilmente supo enriquecerlo con la versión de los sentenciosos *Epigramas* de San Gregorio, no mencionada por Pellicer en su *Ensayo de una Biblioteca de Traductores*. Cuando la literatura española (sobre todo la poesía) iba ya despeñándose por la erizada pendiente del culteranismo, y hasta los ingenios próceres se gozaban en *hablar horrendo*, según la feliz expresión del sevillano Juan de la Cueva, ni un solo resabio culterano se advierte en los versos de Mudarra. Lejos de rebuscar extraños vocablos y locuciones gigantescas para oscurecer el sentido (lo que llegaron algunos a estimar por virtud creadora en los últimos años del siglo XVI, y por signo de original belleza en todo el curso del siguiente), Mudarra se muestra enamorado de la claridad, presumiendo, con harta razón, que allí donde no existe cualidad semejante *no hay luz ni entendimiento*. Así lo asegura el *divino* Herrera en sus anotaciones a las poesías de Garcilaso.

Trasparente y sencillo en la expresión de pensamientos e imágenes; castizo y puro en la dicción; amante de la propiedad en las palabras; de correcto estilo y elegante novedad fraseológica; diestro conocedor del lenguaje poético, del cual usa con naturalidad y varonil gallardía; maestro en emplear adecuados epítetos, que son la parte esencialmente pintoresca de la poesía metrificada, y uno de sus mayores encantos, el esclarecido ingenio cuyas obras tengo la fortuna de dar a conocer antes que otro alguno, puede

hombrearse muy bien con sus contemporáneos más ilustres. A las relevantes dotes que acabo de referir, sin figurarme por ello que los escritos de Mudarra estén limpios de toda mancha, pues no hay obra humana perfecta, reúne aquél la calidad de excelente versificador, y el difícil arte de encerrar las ideas en concisa forma, no haciendo jamás vana ostentación de lujo inútil ó innecesaria riqueza: defecto que se achaca justamente a la mayor parte de nuestros poetas y escritores, sin exceptuar ni a muchos de los más famosos.

Injusto fuera culpar a Mudarra de poco esmerado, porque algunos lunares desluzcan tal o cual octava, tal o cual verso de su traducción de los *Tetrásticos*. En el *Prólogo* a las eruditas *Anotaciones* que les agrega, ya exprimiendo y como desentrañando la virtud de las voces originales, ya adornando ciertos lugares con otros semejantes a ellos, o por haber sido su dechado, o por ser su imitación, dice terminantemente: «Puse la mano en este estudio, pero tan de corrida y con tanta falta de tiempo y de salud, que no pude darme la formación conveniente, ni aun cuidé de ello; porque no imaginaba publicar lo que había ordenado, más para divertirme a mí que para advertir a otros, y lo que a la verdad no ha recibido la última lima, ni ha sido revisto con suma diligencia, ni castigado *ad unguem*, como dicen.» Conocido el buen gusto de Mudarra, es de presumir que con esa *última lima* no habría quedado ni en la traducción ni en las *Anotaciones* lunar alguno de los que hoy las puedan afear.

En resolución, DON PEDRO MUDARRA DE AVELLANEDA, cuyas obras no llegaron a imprimirse, y cuyo nombre, desconocido u olvidado, no aparece en las historias de la literatura española, es a toda ley un verdadero poeta. Cuando se divulguen y aprecien sus poemas, no prescindirá de hacer justicia al mérito que los realza ninguno de aquellos que se propongan bosquejar con exactitud el hermoso cuadro de la poesía de nuestro siglo de oro.